

habían enviado desde el año de 1908, para que dicha Corporación resolviera lo que estimara conveniente. Por Ordenanza No. 39, de 29 de abril de 1912, fué creada la Fracción de Abriaquí en Distrito, compuesta de la Fracción del mismo nombre, perteneciente al Distrito de Cañasgordas y parte al del Frontino, con los siguientes límites: “Del Alto de ‘Alegrías’ y pasando por el de ‘Insor’, al de ‘Morromucho’; por esta cordillera al ‘Alto de Pizarro’, siguiendo el filo del medio al desembocue de la quebrada ‘Pontón’ en el río ‘Herradura’; ésta arriba al puente de la ‘Vuelta’; de aquí al camino de Frontino en el filo de ‘Trespiedras’, y por éste al cerro ‘Plateado’; por esta cordillera arriba y pasando por el cerro de la ‘Horqueta’, hasta el ‘alto de Junco’, y de aquí por la cordillera que va al ‘Alto de Alegrías’, punto de partida”. Esta Ordenanza fué sancionada el mismo día por el Dr. Clodomiro Ramírez, Gobernador del Departamento, y debía principiar a regir desde el 1o. de julio del mismo año.

Juan de la C. Congote

ORACION FUNEBRE

pronunciada por el Sr. Pbro. Dr. Antonio Ma. Gutiérrez en las solemnes exequias celebradas en la Iglesia parroquial de Medellín, el 21 de febrero de 1831, en honor del Libertador Simón Bolívar.

Quam gratiarum actionem Reddemus Simoni? Restituit enim ipse fratres suos: et expugnavit inimicos Israel ab eis.

¿Con qué acciones de gracias pagaremos a Simón? Porque él vengó a sus hermanos, y exterminó de Israel a los enemigos. Libro 1o. Machac. Cap. 14 v. v. 25 et 26.

Ilustrísimo Señor: (*)

El silencio elocuente de ese aparato lúgubre y me-

(*) El Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano Dr. Fray Mariano Garnica pontificó en esta solemne función.

lancólico: si el grito de dolor que resuena simultáneamente en todos los ángulos de la América del Sur: si las lágrimas de tantos guerreros veteranos, que bañan la tumba de su ilustre caudillo, no son bastantes para hacer exhalar nuestra alma de sentimiento, volvamos los ojos a esos restos preciosos que nos ha dejado la misma muerte, para hacer más acerbo nuestro dolor; y libres del funesto espíritu de partido, que nos tiene como aletargados, comprenderemos cuán irreparable ha sido nuestra pérdida. Meditemos a la luz de la imparcialidad en esa espada impertérrita, convertida hoy en un trofeo de la muerte, y arrojada entre los despojos del Héroe, que por tanto tiempo la había hecho el apoyo más firme de la libertad, el terror de los enemigos de la Independencia, y toda la esperanza de las inmunidades del Santuario; y entonces confesaremos, mal que nos pese, que todo, todo lo hemos perdido con la muerte inmadura de nuestro bienhechor

¡Qué dolor, señores! Ya no existe el Pedre y fundador de tres naciones, el hombre a quien llamábamos, con entusiasmo y con ternura, nuestro Libertador y nuestro Padre, el amigo más constante y generoso de la humanidad! Faltó el Héroe de los héroes antiguos y modernos de la Libertad, el enemigo implacable de los déspotas, el baluarte inexpugnable de la Independencia, el protector más decidido de la moral y de la religión! Desapareció de entre el número de los vivientes, el sabio consumado sin ostentación, el político profundo sin artificios, el varón religioso sin hipocresía, el mortal más protegido del Cielo! en una palabra, el caudillo suscitado entre las misericordias del Señor, como en otro tiempo Simón, hijo de Matatías, para rescatar a sus hermanos de la más ominosa esclavitud, y para alejar del Continente americano, las depredaciones y la muerte, las violencias y todas las calamidades de la guerra.

¡Gran Dios! y ¡cómo has burlado las esperanzas de tu pueblo? ¡Cómo has desechado los votos de tantos millares de justos? ¡Cómo has abandonado a tus ungidos, que miraban en la persona de este nuevo Macabeo el agente más privilegiado de tu poderosa diestra? ¡Es posible, Señor, que tantas higueras infructuosas, que ocupan la tierra inútilmente, desafíen en duración a los siglos y a la eternidad, mientras abandonas a la mano inflexible del podador, al árbol más precioso que cargado de flores y de

frutos era todo nuestro consuelo y nuestra esperanza? ¡Qué incomprensibles, son, Señor, tus juicios, y cuán investigables tus caminos! Nosotros besamos humildemente tu mano poderosa, y confesamos con David que eres terrible en tus consejos sobre los hijos de los hombres; pero sin dejar por esto de prolongar nuestro llanto, hasta más allá de nuestra propia existencia, para llenar de algún modo los sacrosantos deberes de la gratitud y del reconocimiento.

Sí, señores: dilátase enhorabuena nuestro dolor: derramemos más lágrimas que los hebreos perseguidos y proscritos a las márgenes del caudaloso Babilonia, y no pase un solo día sin regar con ellas el sepulcro de nuestro Padre. Llorad con llanto inconsolable militares valientes y esforzados, y no dejéis marchitar los laureles adquiridos a su sombra, porque hasta los bosques donde los cortabais se han deslucido de sentimiento. Gemid sacerdotes y ministros del Santuario, y haced resonar entre el vestíbulo y el Altar, el acéto lúgubre de vuestros clamores, por la pérdida de vuestro mejor amigo, cuyo rostro afable y lleno de respeto por los ungidos del Señor, jamás volveréis a ver. Sabios ilustrados de la culta Europa y del mundo entero, no rehuséis el homenaje de vuestras lágrimas sobre la tumba del alumno más favorecido de Minerva. Repúblicas de la América del Sur, pagad religiosamente este tributo de justicia a vuestro Padre y fundador, y repetid desde el Orinoco hasta el Apurimac: "hemos quedado huérfanas y sin padre". Pueblos del Asia que acabáis de sacudir el yugo de la tiranía, en medio de los himnos que entonáis a vuestros Manes, mezclad el nombre del ilustre Bolívar, con los de los Aristides y Epaminondas, porque Bolívar hizo revivir esas cenizas yertas, y por tantos siglos olvidadas. Lloremos, en fin, todos con grande llanto como los hijos de Israel en la muerte de Simón, su Libertador y su Padre.

Entre tanto, señores: ¿Qué podré yo decirlo digno de vuestros ardientes deseos? ¿Seguiré la conducta doble y escandalosa del profeta Balán, aplaudiendo lo que merece execraciones, y execrando la que es digno de alabanzas? ¿Abusaré de este sagrado y tremendo lugar para excitar las pasiones mezquinas, regando, con las flores efímeras de la adulación, esa tumba cuyo primer cimiento está en el fondo de vuestros corazones? Nó, señores: Yo no haré otra cosa que recorrer con celeridad algunos

acontecimientos de la vida pública de este heredero y sucesor del ilustre hijo de Matatías, cuyas virtudes arrebatában la admiración, no sólo de los religiosos hebreos, sino de los altaneros descendientes de Rómulo, hasta obligarlos a exclamar: *¡Quam gratiarum actionem reddemus Simoni Restituit.* *¿Con qué acción de gracias pagaremos a Simón? Vengó.....* Vosotros sabéis muy bien, señores, que ni a la más torpe y descarada emulación podrá jamás revocar a duda que el ilustre Simón de Venezuela libertó a sus hermanos de la tiranía de sus opresores, y exterminó a los enemigos de la independencia. *Restituit enim ipse. Porque él vengó.....* Protesto, señores, que todo lo sujeto al juicio infalible de la Santa Iglesia Romana, y que nada diré que no esté consignado en documentos auténticos, que merecen todo el ascenso de una fe puramente humana. Entremos en materia.

Transmitir a la posteridad la memoria de los varones ilustres, que han abrazado la atrevida empresa de mejorar al género humano, es una obligación tan sagrada que en todos los siglos, y en todas las latitudes del globo se ha mirado con el más alto y soberano respeto. Y bien, señores, sin profanar la memoria del Héroe, y sin acreditarme de temerario ¿me atreveré a penetrar en el santuario augusto de sus acciones? ¿Podré siquiera reducir a guarismo tántos monumentos perdurables, levantados a la justicia, a la beneficencia y a la religión, por esas manos casi creadoras, que hoy miramos confundidas con el polvo del sepulcro? ¿Alcanzaré a describiros las majestuosas y rápidas corrientes del Orinoco, del Apure, del Magdalena, del Guayas, del Rimac, del Desagüadero, allánándose, como en otro tiempo el Jordán y el mar Rojo, para dar paso franco a las falanges libertadoras de Bolívar? ¿Podré señalaros esas moles inmensas de los Andes, inclinando sus heladas cimas bajo las heroicas plantas del caudillo de la libertad? ¿Será permitido a un bisoño, reunir en un solo punto de vista, veinte años de la guerra más sangrienta y desoladora: veinte años de trabajos y privaciones; veinte años de combates y de triunfos; veinte años de peregrinaciones, dejando por todas partes vestigios de bondad y de beneficencia, como los enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios del Altísimo? ¿Podré seguir sus huellas, luchando a un mismo tiempo contra el poder colosal de los herederos de D. Pelayo; contra la ignorancia y la superstición de los pue-

blos, contra los fenómenos de la naturaleza, y contra enemigos domésticos, mucho más terribles que los extraños, como dice el Padre San Bernardo, por ser más insidiosos y más pérfidos? ¿Podré describiros el corazón de Bolívar, resistiendo a los embates de la adulación, haciendo frente a los tiros y asechanzas de la calumnia, rechazando los puñales parricidas, colmando de beneficios a los ingratos, sentando a su mesa a los traidores, y ensalzando a sus propios enemigos, para seguir mejor los ejemplos del Divino fundador del Cristianismo? ¿Podré retratarlo, tan pronto ensalzado hasta los cielos, como tan pronto atacado hasta en su propio lecho; tan pronto aclamado por Libertador y por Padre, como tan pronto perseguido y calumniado por usurpador y por tirano? Dejemos para la historia una empresa de tanta magnitud, y contraigámonos únicamente a los caracteres preciosos que lo distinguieron del resto de los conquistadores profanos. Él fué destinado por el Cielo para rescatar a sus hermanos, y su comisión fué tan amplia, como la que dió en otro tiempo Jeremías, para arrancar y destruir, para edificar y plantar: él debía arrancar y destruir todos los elementos que se oponían a su noble empresa, y él lo verificó auxiliado de su patriotismo, de su constancia y de su valor. Restituit enim ipse fratres suos. *Porque él vengó a sus hermanos.*

En efecto, cristianos: Cuando el Señor, en los consejos eternos de su misericordia, determina renovar en el mundo los prodigios de su diestra poderosa, parece que desde la primera luz del alba se desvela sobre sus escogidos, y dirige todos sus pasos a los altos e incomprensibles designios de su providencia. Así lo acreditó con este ilustre heredero del espíritu y del nombre del afortunado hijo de Matatías. La fortuna brillante de sus padres le proporcionó pasar a la Corte de Madrid, para instruirse en las ciencias profanas, y en el arte importantísimo de la guerra. ¿Y quién habría dicho a la España, que abrigaba en su propio seno, y abría las puertas del templo de Minerva, al caudillo de la libertad de sus colonias, como había acontecido a las Egipcios con Moisés, caudillo y libertador de los hebreos? ¿Y qué habría dicho el religioso monarca Carlos III, si cuando en el año de 1783 firmó el tratado, que arrancó a la Inglaterra sus antiguas colonias del Norte América, hubiese tenido revelación que acababa de nacer en Caracas, el que arre-

bataría las suyas? ¡Oh designios incomprensibles de la Providencia! ¡No quiera el Cielo que yo califique de milagros sobrenaturales estos acontecimientos! Pero ¿quién no se sorprende al meditar con atención en tan extraordinarias coincidencias? Bolívar destinado por el Cielo para romper las cadenas de sus hermanos, debe instruirse antes en la escuela de la opresión, como Moisés; y para equilibrar la balanza eterna de la justicia, debía emancipar de la dominación española sus antiguas colonias de la América del Sur. ¿Y podría desarrollar su corazón en el suelo humilde y abatido de su esclavitud? Ojalá, señores, que yo pudiera seguir sus pasos en las academias de Madrid, en Italia, en Alemania, en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos de la América del Norte, estudiando en los varones más distinguidos, las máximas sublimes de la política, de la moral, de la religión y del verdadero patriotismo! Ojalá me fuese permitido circunscribirme a las épocas más remarcables de sus primeros ensayos patrióticos, a saber: su residencia en Francia, observando las brillantes campañas de un guerrero esclarecido, y su viaje a la Suiza en compañía de los sabios Humbolt y Bomplan, para saludar las cenizas del incomparable Guillermo Tell, y pasar después a visitar reverentemente las del inmortal Wáshington, en la tierra clásica de la libertad! Ojalá y pudiese conducirnos a la capital del mundo cristiano, en donde veríais al ilustre viajero inflamándose con las sombras de los Patriarcas más distinguidos del republicanismó, y subiendo con paso firme al Monte Sacro, acompañado del ilustrado patriota Simón Rodríguez, su antiguo Ayo y su confidente, para hacer allí el más solemne juramento de libertar a su patria de toda dominación extranjera, bajo la tutela y los auspicios de ese Dios de incomprensible bondad, que con una mano invisible lo había conducido a aquella colina como a Moisés al Sinaí, para hablar allí a su corazón, para escuchar sus votos, para electrizar su alma con la memoria de los Camilos, de los Scipiones, de los Furios y de los Lucios Colatinos, y para proteger sus empresas regeneradoras y sus designios.

¡Y cuán pronto se cumplieron los decretos de la Providencia sobre la transformación política del hemisferio de Colón! La América del Sur se conmueve hasta en sus fundamentos, con la explosión volcánica de la revolución de Francia, y mucho más con los sucesos trágicos de la

península española. Bolívar oye el dulce murmullo de la libertad alrededor del trono de los déspotas, y nada, nada le detiene para regresar a Carácas y poner en planta sus augustos y tremendos juramentos. En efecto: el grito inmortal de Venezuela el 19 de abril de 1810, es la primera escena política en que Bolívar se presenta, y su influencia y su patriotismo fueron el primer martillazo que descargó la mano del Criador sobre esas cadenas, forjadas en tres centurias de años, por la ambición y por la codicia. Venezuela se declara independiente de los gobiernos tumultuarios de la Península: sus ilustres hijos comisionan a Bolívar para implorar la protección del gabinete de San James, y este joven distinguido, siguiendo los pasos del virtuoso Franklin, es el segundo que lleva a los pies del trono de un monarca los clamores de un pueblo que desea ser libre. El ministro Welesley lo recibe con la distinción y aprecio que se granjean la moderación y la sabiduría, cuando se reúne en un genio amable y generoso, según la expresión de Sócrates, y nada aventuraremos con decir, que a los talentos y virtudes del enviado, se debieron las primeras miradas acariadoras de la política de Inglaterra. Bolívar vuelve lleno de gozo a su patria, no tanto por los resultados de su embajada diplomática, sino por traer consigo al General caraqueño, D. Francisco Miranda, creyéndolo calculado para su colaborador en tan ardua empresa; mas el General Miranda es el primero que comienza a trastornar los planes de la Independencia, y a ejercitar ingratamente, la constancia del Coronel Bolívar.

Ciertamente, señores: ¡Cuántos obstáculos tiene que sufrir este joven guerrero! Era necesario exterminar del corazón de los americanos las máximas mal entendidas, de que el trono de los reyes está afianzado por las manos del mismo Dios, en las conciencias de sus vasallos; era necesario destruir los hábitos inveterados, las costumbres y las leyes fundamentales, que la política y el tiempo habían convertido en una segunda naturaleza; era necesario arrancar de las garras de los Leones de Castilla una presa conquistada por la violencia, y mantenida por más de trescientos años, a la sombra de la religión del Crucificado; era necesario romper o reducir a su sentido genuino, una bula respetabilísima del Vaticano, que presentaban los herederos de D. Fernando y de Dña. Isabel, como la carta magna de su soberanía y la escritura de

nuestra esclavitud; era necesario batallar contra la injusticia del Generalísimo de Venezuela, que miraba como su rival y su competidor, al que sólo era su mejor apoyo y su amigo; en fin, era necesario arrancarlo todo y destruirlo todo, para levantar sobre las ruinas del despotismo el altar sacrosanto de la libertad. ¿Y quién si no Bolívar podría llevar al cabo tan grandiosa empresa? Así lo acreditaron los sucesos posteriores, en que veremos la mano del Señor sosteniendo por todas partes su magnanimidad y su constancia.

La hermosa República de Venezuela pierde muy pronto su recién conquistada libertad. El imperio funesto de todas las pasiones desenfrenadas; la creencia supersticiosa sobre el espantoso terremoto del año de 1812, que redujo casi a escombros la capital de la Confederación; la misericordia mal entendida con los traidores, y la indulgencia criminal con los malvados abrieron las puertas de Caracas al execrable Monteverde. Miranda al frente de seis mil soldados que suspiraban por acabar con un enemigo, que habían escarmentado por tres ocasiones, y que el día antes acababan de derrotar en la misma plaza de la Victoria, propone capitulaciones; los pactos son hollados contra el derecho de gentes, por el jefe de los liberticidas, como era de esperarse; el Generalísimo se sacrifica, y sacrifica a su patria por haber repudiado a Bolívar, y Bolívar escapa de las garras del conquistador, no tanto por la intercesión del noble vizecaino D. Francisco de Iturbe, cuyo nombre debe ser muy grato a los colombianos, sino porque el Cielo lo tenía destinado para mayores y más importantes empresas.

¡Y qué serie de prodigios nos presenta en su desarrollo el cuadro de las proezas de nuestro caudillo! Cualquiera otro que no hubiera sido Bolívar, habría abandonado hasta las esperanzas de volver a pisar el suelo patria; pero Bolívar, sin más recomendaciones, sin más credenciales que su espada y el pasaporte de Monteverde, que puso en sus manos el generoso Iturbe, se embarca para la isla holandesa de Curazao; pasa a Cartagena; liberta a aquel Estado de una parte muy considerable de sus opresores; se corona de triunfos en el alto y bajo Magdalena y en Ocaña; vuela con la celeridad del rayo al centro de la Nueva Granada, que lo invoca como un ángel de paz, para transigir las disenciones domésticas, que tantas veces nos han puesto al borde del precipicio; re-

cibe del Congreso de las Provincias Unidas un socorro generoso de tropas, municiones, bagajes y numerario; echa los cimientos al pacto sagrado de la ley fundamental, que nos elevó a tanta gloria, y cuya disolución antipolítica ha producido en el cuerpo social los mismos efectos que la gangrena en el cuerpo humano; y con el título de Brigadier de la Unión emprende la conquista de su amada patria. Los hermosos valles de Cúcuta lo reciben con el mayor entusiasmo como a su redentor, y ven con sorpresa al General Correa, a quien como a todos los españoles creían invencible, prosternado delante del joven guerrero que se burló de sus canas, de su táctica y de su hipocresía. Trujillo, Niquitao, Mucuchies, los Taguanes, Maracay y Bárbula, fueron otros tantos trofeos que orlaron su frente victoriosa. Caracas ve con admiración a su hijo predilecto, restituyéndole el dón precioso de la libertad, y no acaba de creer que sea el mismo, que poco antes había visto, con el más intenso dolor, salir de su seno, con el humilde y degradante aparato de un exportado. Caracas lo saluda por primera vez, no con el ominoso título de *Imperator*, que tanto ambicionaban los generales romanos, sino con el dulce y especioso renombre de Libertador. Caracas se arroja entre sus brazos con una confianza ilimitada, y desde entonces lo inviste con las omnipotentes facultades dictatoriales.

Pero ¡quién lo creyera, señores! La furia implacable de la discordia, que se ha hecho como el satélite de la libertad, bate sus negras alas sobre Venezuela. Los serviles y sicófantas prostituídos, que abogaban por el trono de los Borbones; los ambiciosos que jamás pueden mirar con buenos ojos la elevación y el mérito; los libertinos y criminales que rechazan toda dependencia y sumisión; los fanáticos que se empeñan en persuadir a los pueblos sencillos que la libertad es enemiga descarada de la religión de Nuestro Señor Jesucristo; que la sumisión a los reyes es de derecho divino, y que el Cielo se acababa de declarar contra la independencia política de la madre patria, en los espantosos movimientos de la tierra; los émulos, en fin, de Bolívar, que lo miraban como un joven peligroso, todos, todos atizaban el fuego consumidor de aquel genio maléfico. Estos desgraciados elementos, la moderación y la templanza, y el terror de los estragos de la anarquía, obligaron al Libertador de Venezuela a despojarse de la autoridad suprema, que había maneja-

do con la prudencia y sabiduría de un Daniel, consignándola en una asamblea general de los pueblos, reunida bajo las bóvedas sagradas del convento de Franciscanos de la ciudad de Caracas. ¡Ingratos! ¡Bien pronto tendréis de qué arrepentiros! ¡Bien pronto los peligros os arrancarán lágrimas de desesperación! ¡Bien pronto el valor denodado del caudillo de la libertad frustrará todos vuestros designios proditorios.

Pero no es posible, señores, reunir bajo un punto de vista, ni aun los sucesos más clásicos, que confirman la constancia y el valor a toda prueba del inmortal Bolívar. Boves y Antoñanzas llegan hasta las puertas de Caracas, renovando por todas partes las crueldades de Atila y de Nerón. Los patriotas gimen bajo la cuchilla exterminadora de asesinos, y sólo Bolívar, superior a las desgracias y a los infortunios, superior a las persecuciones y a las calumnias, y superior a sí mismo, mil veces reúne las reliquias de sus bravos y mil veces sufre reveses y desgracias lamentables, pero sin dejar de repetir sus promesas a los venezolanos. No envainaré jamás mi espada, les decía, hasta que la libertad de mi patria no esté completamente asegurada. ¡Qué promesas tan consoladoras para los oprimidos! ¡Qué esperanzas tan halagüeñas para los verdaderos patriotas, que no tenían otra esperanza! Bolívar derrama torrentes de lágrimas sobre el sepulcro de las víctimas, y la sangre de sus conciudadanos, derramada con profusión, enardece su corazón y llena su alma de aquel noble coraje que anima a los Atletas. Pero echemos un denso velo sobre esos infortunios, que eran como otros tantos golpes de la Providencia, para probar su valor y su constancia, y para abrirle después de par en par las puertas del templo de la gloria.

Efectivamente, señores: en adelante ya no veremos a Bolívar como un meteoro brillante, sino como un sol esclarecido, repartiendo en todas partes sus benéficas influencias, para redimir a sus hermanos y para electrizar a sus compañeros de armas. Los sucesos militares en los campos del Yagual, en donde los denodados Urdaneta y Páez abrieron una brecha al muro de bronce de la dominación española; la jornada memorable de San Félix, que puso a los libertadores en posesión de la importante provincia de Guayana y abrió las puertas al Océano, para buscar recursos en el centro de la Europa; la sorpresa de Calabozo, que aterró a los pacificadores y les hizo aban-

donar sus guaridas, con mayor celeridad que las liebres; las repetidas escenas de la nunca bien ponderada isla de Margarita, que secundó en el siglo 19 los portentos marciales de Siracusa y de Tebas, de Atenas y de Lacedemonia; las proezas inauditas de Boyacá, que adquirieron al mismo Bolívar mil triunfos en un solo combate; que desorganizaron los planes tiránicos de la conquistista; que vengaron en cierto modo las crueldades inauditas de los años aciagos de 16 y 17, y que hicieron temblar al Marqués de la Puerta en Venezuela, rodeado de bayonetas y de recursos; las pero no es posible, señores, no es posible, repito, ni señalar los lugares de las batallas, ni reducir a guarismo las victorias.

Así es, mis hermanos, así es: apenas el Angel de la victoria fija los destinos de Colombia en el puente de Boyacá, cuando en menos de cuarenta días las ricas y florecientes provincias del Norte y Occidente de la Nueva Granada, quedan perfectamente libres. Desde la Guayana española hasta Neiva no se oye más que este grito: ¡Viva Bolívar! ¡Viva la independencia! La influencia de este guerrero privilegiado parecía extenderse en aquella época con mayor actividad por todos los ángulos de la República; y mientras un periodista servilón anunciaba en la Gaceta de Caracas, que Bolívar no tenía más cuartel general que la área que describían sus plantas, Mariño y Montilla, bajo sus auspicios, pulverizaban en los campos del Chispero a los pacificadores españoles, que asolaban las hermosas provincias de Barcelona y Cumaná, Páez marchaba sobre Barínas, haciendo estremecer aquellas llanuras y derramando el terror entre los enemigos de la humanidad, que en solo su nombre veían un ejército formidable. Rangel se dirigía hacia Mérida con una columna de operaciones, y la importante plaza de San Fernando estaba sitiada por mar y por tierra, para no dejar a los expedicionarios más cuartel general que los siete pies del sepulcro.

Pero no es mucho, señores; no es mucho; muy presto las falanges libertadoras de Bolívar llevarán su nombre siempre augusto y siempre victorioso, entre las corrientes del caudaloso Magdalena, por Barbacóas y Tenerife, hasta escalar las murallas de esa ciudad que había sabido burlarse hasta de los esfuerzos del poder británico; muy presto los frenéticos realistas de la Ciénaga y de Santa Marta, pronunciarán este nombre con placer y con

entusiasmo; muy presto resonarán en los campos gloriosos de Carabobo, y los impertérritos Cedeño y Plaza no cerrarán sus ojos sin invocarlo; muy presto, inscrito en el pabellón nacional, tremolará sobre los torreones de la invencible Puerto Cabello; muy pronto penetrarán por entre las radas inaccesibles de la barra de Maracaibo, y no pasarán tres años después de la gloriosa jornada de Boyacá, sin que este nombre encantador vuele sobre las cimas de los Andes y traspase las regiones ecuatoriales, para enjugar las lágrimas y despedazar las cadenas de nuestros hermanos del Sur.

No lo dudéis, señores: el Gran Mariscal Sucre, el inmortal Sucre, víctima de la perfidia más atroz, como el ángel precursor de las victorias, trepando por las eminencias inaccesibles de las faldas del Pichincha, liquida las nieves eternas de aquel volcán con el fuego de su patriotismo, y arrojándose sobre el ejército opresor, ofrece una mano redentora a la infortunada Quito; y Bolívar, el incomparable Bolívar, forzando el paso de Juanambú por el tremendo Boquerón, gana el corazón feroz de los Pastusos, después de haber hecho morder el polvo a los soldados mercenarios de Aragón, en las colinas escarpadas de Cariaco y en la esplanada de Bomboná. ¡Qué gloria para Bolívar! Las victorias de Bomboná y Pichincha completaron la obra de su celestial comisión, sin dejarle nada más que hacer; se acabaron los enemigos; se dispersaron como aristas en la presencia del huracán. El ejército Libertador, como decía él mismo en una proclama: marchando de triunfo en triunfo, desde las riberas del Orinoco hasta los Andes, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia. Vosotros lo sabéis muy bien; nuestras cadenas fueron destrozadas desde entonces; el último eslabón quedó pulverizado en Pichincha; Bolívar todo lo ha superado, todo lo ha vencido, y a su patriotismo, a su constancia y a su valer, lo debemos todo. Sigamos no obstante sus pasos, y le veremos llenar la segunda parte de su comisión divina, edificando y plantando el templo augusto de la libertad.

Segunda parte.

Escrito estaba en el Cielo, que el bien inestimable de la libertad debía costarnos grandes y dolorosos sacrificios, para que supiésemos aplicarlo. Escrito estaba, que el caudillo destinado para rescatarnos, había de acreditar con

sus hechos al mundo entero, que no era un aventurero dichoso, ni uno de tantos monstruos de ambición que han affigido a la humanidad, so pretexto de preservarla de la cuchilla exterminadora de los tiranos; y escrito estaba también, que debía pasar por las pruebas más terribles del heroísmo, que son las persecuciones y las calumnias. Guerrero consumado, Legislador sabio y hombre probo en toda la extensión de la palabra ¿quién había de creer que el mundo lo persiguiese y lo calumniase? Patriota desinteresado y generoso, Soldado constante sin temeridad y General denodado sin altanería, ¿quién había de esperar que encontrase émulos hasta entre sus mismos neófitos? Pero no nos admiremos, señores, este es el estipendio de los héroes; estas son las sombras que realzan el cuadro majestuoso de sus hazañas, y estos han sido los más terribles escollos que Bolívar ha salvado, con un denuedo que no tiene ejemplo en las historias. Yo no me transportaré, señores, al siglo de oro de la libertad, ni iré a buscar en las historias sagrada y profana los héroes perseguidos y calumniados. El genio de la libertad del Norte América, el inmortal Washington, destinado por el Cielo en el siglo diez y ocho para iguales empresas, tuvo que sufrir los mismos reproches, y era necesario que el heredero de su magnanimidad y de su gloria, siguiese los mismos senderos. Por otra parte, señores, el caudillo destinado por Dios para restituírnos a la libertad, para exterminar a los enemigos de Israel, para arrancar y destruir, para edificar y plantar, ¿qué mucho que aparezca como un objeto de contradicción? Pero sus hechos lo vendicarán completamente, y la historia le hará toda la justicia que merece. Entre tanto, sin aspirar jamás al honroso título de su apologista, os lo presentaré llevando al cabo su comisión divina con una generosidad inimitable, con una prudencia a toda prueba, y con un sufrimiento que no tiene ejemplo para exterminar a los enemigos de la independencia, y para edificar y plantar el templo augusto de la libertad.

La historia de todas las edades nos presenta mil sucesos trágicos, que nos convencen hasta la evidencia que la mayor parte de los que han avanzado hasta la cima del heroísmo, por la carrera de las conquistas, han descendido hasta el abismo de la ignominia, por no haber sabido triunfar de sí mismos. Hombres exaltados y frenéticos por la libertad, que no han comprendido la grandiosa

obra de destruir el despotismo, sino para colocarse sobre el mismo trono ensangrentado de los tiranos; hombres ensalzados por la gratitud nacional a la cumbre del poder, que no han gustado de sus encantos, sino para abusar de la confianza pública; hombres, en fin, que no han halagado a los pueblos con las garantías sociales, sino para forjar con ellas mismas los primeros eslabones de sus cadenas. Sólo la mano invisible del Señor puede arrancar del corazón del hombre esas funestas inclinaciones, que lo arrastran con una violencia casi irresistible al desprecio de las leyes y a la arbitrariedad, y sólo las máximas sacrosantas de la religión son capaces de contenerlo entre los límites de sus deberes. Sigamos los pasos del Libertador de Colombia, y veremos confirmadas esas verdades dignas de grabarse indeleblemente en el corazón de los colombianos, llamados a presidir nuestros destinos. Bolívar, auxiliado de su piedad, supo sacrificar en su corazón el orgullo que inspiran las victorias, la elación que engendran los respetos públicos y los vértigos que producen las flores narcóticas de la adulación. Él conocía que sus triunfos solos no podían hacernos verdaderamente felices, porque sólo las leyes pueden asegurar la libertad y la independencia, adquiridas con las armas, porque las armas sin las leyes son el sepulcro, la tumba de ese dón inestimable del Criador; y él confesaba frecuentemente con aquel candor digno de su grande alma, que su misma espada era peligrosa a la libertad, y que él mismo no podría precaverse siempre de las asechanzas de la ambición.

Del fondo de estos sublimes conocimientos, y del fondo de su corazón magnánimo y generoso, salían aquellas expresiones valientes dirigidas al Consejo de Estado, que las circunstancias le permitieron instalar en la ciudad de Angostura en el año de 1817. Yo he vivido desesperado, les decía, en tanto que he visto a mi patria sin constitución, sin leyes y sin tribunales, regida por solo el arbitrio de sus mandatarios, sin más guía que sus banderas, sin más principios que la destrucción de los tiranos, y sin más sistema que el de la independencia y la libertad; y yo me he apresurado, salvando todas las dificultades, a dar a mi patria un gobierno moderado, justo y legal. Con el mismo entusiasmo y con igual sinceridad hablaba a los representantes del segundo Congreso general de Venezuela, reunido por sus desvelos en 1819. Solamente una necesidad forzosa, decía, unida a la voluntad imperiosa

del pueblo, me habría sometido al terrible y peligroso encargo de dictador y jefe supremo de la República; pero ya respiro devolviendo esta autoridad que con tanto riesgo, dificultad y pena he logrado mantener, en medio de las tribulaciones más horrosas que pueden afligir a un cuerpo social. En este momento el jefe supremo de la República no es más que un simple ciudadano, y tál quiere quedar hasta la muerte. ¿Y han diferido, por ventura, en algo sus sentimientos después de tantos triunfos y victorias, que lo afianzaban en la cumbre del Poder? Nada menos, señores. En 1821 con las expresiones más patéticas hace ver al Congreso General de Colombia, que el clamor de su conciencia y de su honor le piden a grandes gritos que no sea más que un ciudadano. En 1827 se dirige al Presidente del Senado, desde Caracas, y con una exposición enérgica, hija de su carácter y de su genio, en que por la cuarta vez renuncia una, mil y millones de veces la Presidencia Constitucional de la República, añadiéndole, como inspirado por el Cielo y con la ternura de un Jacob en su lecho: pocos días me restan ya; más de dos tercios de mi vida han pasado; que se me permita, pues, esperar una muerte oscura en el silencio del hogar paterno. Mi espada y mi corazón serán siempre de Colombia, y mis últimos suspiros pedirán al Cielo su felicidad. Yo imploro del Congreso y del pueblo la gracia de simple ciudadano. En 1828 reúne la gran Convención, contra todas las previsiones políticas que la anunciaban de mal agüero, y la reúne sólo por desprenderse de la autoridad. En 1829 trabaja con un ardor increíble por la instalación del Congreso Constituyente, y en 1830 hace las más solemnes protestas para que se le admita la renuncia. En; pero para qué detenernos! En el Perú se habían repetido las mismas escenas, y en los últimos días de su existencia, cuando por la milésima vez lo invocan los pueblos en sus apuros, prefiere bajar al sepulcro consumido de penas y dilacerado su corazón por los disturbios de Colombia, antes que volver a investirse de la omnipotente y odiosa dictadura. Hombres mezquinos, enemigos rateros del que libertó al nuevo mundo, y llenó al antiguo con su fama, como escribía el célebre Arzobispo de Malinas, ¿no alcanzáis a conocer por estos rasgos al ambicioso César, al tirano Dionisio, al infatuado Calígula, al viejo decrépito, al déspota insufrible? Cubríos de confusión y de rubor, si sois capaces de estos nobles sentimientos del

desengaño, y preveníos apra sufrir mayores golpes de generosidad y de prudencia.

Adornada la frente de Bolívar con un bosque entero de laureles; establecido el imperio de las leyes, provistos todos los departamentos de lo más selecto y escogido de los jefes; olvidando hasta el nombre execrable de los expedicionarios, planteados todos los gérmenes de la prosperidad nacional, las ciencias, las artes, el comercio, la agricultura, la navegación; el pabellón de Colombia flameando a la vez en el Pacífico y en el Atlántico, o tolerado o reconocido por la Gran Bretaña, la Francia, la Holanda, la Suecia, Portugal, los Estados Unidos de la América del Norte y el nuevo imperio del Brasil; Colombia, en fin, reconocida por Estado Soberano por algunas de estas mismas potencias: todo esto, digo, señores: todo esto ¿no presentaba a su Libertador los goces que embriagan el corazón humano y arraigan en el alma los deseos de vivir para dominar? Sin embargo, su desprendimiento y su prudencia le dictan que abandone este teatro de sus glorias, y su propia gloria lo impele a buscar mayores y más eminentes peligros. Vedlo, pues, despojándose de la autoridad suprema constitucional y pidiendo licencia al Congreso, para satisfacer a los impacientes votos de los hijos del sol, y despedazar sus cadenas, sin exigirles otro homenaje que el reconocimiento y la gratitud. Vedlo olvidándose de su reposo, de su fama, de sus trofeos y de su propia vida, y despreciando los honores casi divinos que le tributaban los pueblos rescatados, en el exceso de su agradecimiento, sólo para pasar a tierras lejanas, y derramar sobre las heridas de sus hermanos el bálsamo de su compasión, como otro generoso Samaritano. Vedlo, en fin, volando sobre las alas de sus deseos, para no escuchar los silbidos de la adulación, que tántos corazones han corrompido, para no ejercer por sí mismo una autoridad que tánto repugnaba a su alma, y para dar a los colombianos la última prueba de que toda su ambición estaba saciada, con haber roto nuestras cadenas y exterminado de nuestro territorio a todos los enemigos de nuestra independencia.

El Perú se estremece con las primeras noticias de la proximidad de su Redentor político; los envejecidos defensores del trono de los Borbones, que poco antes infundieron terror a los franceses en su propio país, dejan caer las armas de sus manos, y Bolívar, aventajando al

hijo de Filipo, llega al Perú, reconoce el campo de los enemigos y vence al ejército más brillante que ha pisado el Nuevo Mundo después de la creación. Veinticinco Generales, herederos de la bravura de los Alvarez, de los González, de los López, de los Tellos y de los Cides; mil y cien jefes y oficiales de todas graduaciones; diez y ocho mil soldados veteranos y aguerridos; cuatrocientas leguas cuadradas de terreno y una brillante y rica población de dos millones de habitantes; hé aquí los gloriosos resultados de la memorable jornada de Ayacucho, que afianzó la libertad e independencia de tres naciones. El sol se detiene en la mitad de su carrera para bendecir el suelo de los Incas, que por tantos siglos le rindieron adoraciones, y para alumbrar más espléndidamente los triunfos del genio tutelar de la libertad; y los descendientes de Mancocapac, exceden en fausto y ostentación a los Asiáticos, para manifestar a sus libertadores el exceso de su reconocimiento. Pasemos en silencio esta profusión que podría avergonzar nuestra pobreza republicana. Bolívar recibe honores y aplausos capaces de hechizar a otra alma que no fuese del temple de la suya, y sólo su moderación y su prudencia lo salvan de los encantos que enervaron el valor de Marco Antonio en Atenas y en Alejandría. Su alma, siempre superior a todos los placeres, se mantiene siempre en un glorioso desprendimiento; y lejos de detenerse en aquellos lugares peligrosos, como el triunviro de Roma, apenas oye el grito de las disensiones intestinas de Colombia, cuando vuela a calmar la escandalosa defección de un General, que eclipsó las glorias de su patria y cometió un pecado original político, cuyas funestas consecuencias afflirán a una generación entera. Aquí, señores, es preciso confesar, que la lucha de la misericordia con la justicia en el corazón paternal de Bolívar, a él lo llenó de gloria, y a la República le preparó el sepulcro. ¿Y tienen, por ventura, alguna semejanza, estos rasgos de moderación y de desprendimiento con las aspiraciones de los tiranos? Si Bolívar hubiera abrigado en su corazón ideas liberticidas ¿habría abandonado desde entonces el campo a los ambiciosos y conspiradores? ¿Sería menos astuto que el joven Octaviano, para desamparar la capital, dejando el fruto de sus victorias a discreción de Marco Antonio y de Lépido? Enmudezca para siempre la calumnia y abandonen el campo los pérfidos descendientes de Can, que se han atrevido a burlarse de su

augusto y venerable Padre, y que le han hecho apurar la copa del sufrimiento.

No nos sorprendamos, señores. La emulación y la calumnia se han desenfrenado en todos tiempos, no contra los hombres comunes y adocenados, sino contra los genios más distinguidos y sobresalientes, y la torpe polilla de la envidia hace mayores estragos en las telas preciosas, que en las ordinarias y groseras. En la carrera política como en la religiosa se encuentran mártires sacrificados por las pasiones y por la injusticia, y el Libertador de Colombia ha sido uno de estos gloriosos Atletas. Apenas se presenta en el teatro de sus empresas, cuando el Generalísimo de Venezuela, a quien él mismo había conducido de Inglaterra, para abrirle el templo de la gloria, lo mira con recelos, lo arroja de sus filas y lo calumnia ante el cuerpo de la Nación, presentándolo como un joven peligroso. El bandolero Labatut, al través de su ignorancia y su brutalidad, reconoce su mérito sobresaliente, y por un triunfo que él no habría podido conseguir jamás, lo delata ante el Presidente del Estado de Cartagena, como un subordinado y criminal. La imprenta se desencadena, y las prensas vomitan dieterios y calumnias contra su criador; las Misceláneas, los Conductores, las Banderas tricolores, los Demócrates, las Auroras, la Aguila de Júpiter, el viaje de Mollien, el Catón de Utica, y mil producciones inmundas, de escritores heridos por la envidia o asalariados por la demagogia, ejercitan su paciencia y su sufrimiento. Hombres criminales y malvados llevan sus productos insolentes hasta los Estados Unidos de la América del Norte y del Mediodía, y manchan las columnas de los Mercurios, de las Estrellas, de los Correos y de los Diarios. Un peruano ingrato vomita en Méjico imputaciones y sarcasmos contra su redentor. Un portugués taimado, que debió perseguirse como uno de tantos espías destinados por nuestros implacables enemigos para dividirnos, después de haber atizado el volcán de la conspiración del 25 de septiembre de 1828, abortó la Aguila de Júpiter para calumniar al Padre de la Patria. Finalmente, un francés, digno del siglo XIII, vendido a la tiranía y al despotismo, tuvo la demencia de comparar al fundador de tres naciones con un Viriato. Pero todos esos miserables folletos, que contienen más imposturas que períodos, califican por sí mismos la honradez y buena fe de sus autores; al presentarse el Libertador de un mundo entero,

en el teatro del universo, adornado con sus propias vestiduras. Arganil, Mollien, Viadaurre, Vargas y todos los de la comparsa, volarán a esconderse en los abismos. Y ¿qué diremos de esa horda de maldicientes que ha vomitado el infierno en Buenos Aires, en Chile, en el Perú, en Colombia y hasta en Venezuela, cuna dichosa de nuestro Washington y objeto exclusivo de todos sus sacrificios y desvelos? Dejemos, señores, esta materia: dejémosla, porque el temperamento más frío debe irritarse al ver que hasta los reptiles más torpes y despreciables han pretendido eclipsar a este nuevo sol, en medio de su brillante y espléndida carrera.

¿Y pensáis que alguna vez las repetidas imposturas arrancaron de su noble pecho sentimientos de represalias y de venganza? ¿Pensáis que alguna vez su pluma divina y sobresaliente en todo género de producciones, se esgrimió para zaherir a sus detractores, o para vindicarse de sus imputaciones? Nó, señores: su corazón verdaderamente grande apenas le permitía los paternos desahogos de un David, modelo de constancia y sufrimiento; si mis enemigos, decía, si a los que he confundido con mi espada; si a los que he arrojado del teatro de sus depredaciones y de sus rapiñas, me llenasen de maldiciones y de improperios, lo toleraría sin quejarme; pero que los que he levantado del polvo y de la nada, los que he henchido de honores, de riquezas y de comodidades; los que he coronado de laureles con mis propias manos, y los que por mí respiran y viven, me injurien, me calumnien y me vendan; hé aquí lo que traspasa mi alma de sentimiento y arranca suspiros de mi corazón. ¡Qué dolor, señores! Pero qué confusión para los que no se congregan al servicio del Estado sino sólo por el vil interés de las retribuciones y de los emolumentos de la patria; para los que ponen toda su confianza en los hombres y para los ilustrados impíos que han abjurado la creencia de sus padres! Bolívar, calumniado y perseguido, desciende al sepulcro en la edad temprana de cuarenta y siete años; pero con unas manos puras e inmaculadas de la hacienda nacional, y más pobre que cuando vino al mundo, como lo acredita su testamento; con un corazón libre de ambición y de venganza, como lo comprueba su última proclama; y con una alma fortalecida con los últimos socorros de la Religión, como lo atestiguan los partes oficiales de su muerte; y mientras que una chusma de insolentes

tes lo saluda como a Rey de farsas, a imitación de la guardia Pretoriana de Pilatos al Salvador del género humano, él cierra sus ojos pudiendo decir con San Pablo: *bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposati est mihi corona justitiae.* Yo he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás me está reservada la corona de la justicia. El restituyó a sus hermanos el dón precioso de la libertad, y exterminó a todos los enemigos de la independencia, como heredero y sucesor del nombre y del espíritu del ilustre Simón hijo de Matatías; y todo lo debemos a su patriotismo y a su desinterés, a su constancia y moderación, a su valor y a su sufrimiento. ¿Y qué le ofreceremos en justa retribución por tantos beneficios? *Quam gratiarum actionem.....* Qué acciones de gracias.....

Yo no encuentro, señores, una recompensa más grata para su alma, sino nuestra fidelidad en recoger cuidadosamente sus últimos consejos; esos consejos dictados con tanta prudencia y sabiduría, como los de Tobías a su hijo; esos consejos arrancados del corazón de un padre al desprenderse del mundo, y cuando las pasiones pierden toda su influencia sobre el hombre; esos consejos, digo, consignados en su última proclama, que no respiran sino el más ardiente deseo por nuestra felicidad. Juremos, pues, sostener cada uno, en nuestro ministerio, las instituciones saludables de Colombia, que son como el Arca Santa, que encierra nuestra felicidad y nuestra dicha; y que el primero que se atreva a conculcarlas se le niegue el agua y el fuego como entre los romanos.

¡Gran Dios! El Héroe a quien confiasteis el noble encargo de restituírnos a la libertad, después de haber cumplido con vuestros designios, ha pasado a vuestra divina presencia, para daros cuenta de su comisión. El no ha muerto: él ha mejorado de suerte, como lo cree piadosamente la Iglesia de los que mueren con los socorros de la Religión; pero él nos ha dejado huérfanos y desconsolados, y no es mucho que herido el Pastor se dispersen las ovejas. Sostened, pues, Señor, la obra de vuestras propias manos. Haced que en la tumba de nuestro Libertador sepultemos todas nuestras disensiones, y que en lo sucesivo no haya entre los colombianos sino una profesión de fe religiosa y política; una sola opinión por la libertad y por la independencia; un solo corazón y una sola alma. Estos eran, Señor, los votos de nuestro caudí-

llo, y este será el objeto de sus plegarias en vuestro divino acatamiento. Escuchadlo Señor; y dándonos paz y tranquilidad; conceded a la alma de vuestro siervo un descanso eterno. *Requiescat in pace.*

O. S. C. S. R. E.

NOTAS

Diccionario Biográfico de Ilustres Próceres de la Independencia Suramericana, Tomo 2o., por el Dr. Vicente Dávila.—Vino a nuestras manos este importante volumen que el insigne autor de **Jaculatorias** y de otras obras históricas publicó en Caracas en mayo del presente año.

Este libro es un homenaje bello y rico a los Héroes que conquistaron la Independencia de América, o como hermosa y donosamente dice el Dr. Dávila: “estas hojas son de un bosque de laureles que se extiende desde las selvas de Guayana, en Venezuela, hasta las faldas del Potosí, en el Alto Perú”.

Documentación seria y copiosa, criterio severo y bien templada admiración a los libertadores, son las características de la obra del Dr. Dávila, según lo que hasta ahora hemos podido leer.

América debe aplaudir la intensa labor histórica que en la Patria de Bolívar se está llevando al cabo, con todo el apoyo, eso sí, del Gobierno. Ejemplo éste que deberían imitar los Congresos y gobernantes de las demás Repúblicas; lo pasado es digno de estudio, y nuestras viejas glorias son nuestro orgullo; es preciso rendir tributo de cariño y respeto a los que nos dieron patria y libertad. Hombres ilustres de Venezuela cultivan la historia; para ellos nuestra admiración.

En la página 301 anota el Dr. Dávila, al hablar de *Antonio José de Sucre*, que el año 24 triunfó con “*Bolívar en Junín*”. Este hecho nos aparece como un nuevo dato; mucho nos placería conocer la comprobación de él.

También asegura el autor en la página 302, refiriéndose al mismo ilustre Mariscal de Ayacucho, que “.....en la montaña de Berruecos, en la alevosa encrucijada donde le acechaban los Generales José M. Obando y José Hilario López, cayó sin vida el 4 de junio de 1830”.

Conceptuamos exagerada esta aseveración, pues parece probado que el General López no tuvo parte en el asesinato del Mariscal Suere, y respecto del General Obando, aún no se ha decidido tan grave asunto, pero sí es seguro que él en persona no intervino en el nefando crimen.

Con todo el acatamiento que nos inspira el eminente historiógrafo venezolano, nos permitimos hacerle a la ligera esta observación, y más cuando él suplica a los lectores le presenten privada o públicamente las anotaciones que juzguen oportunas.

Que vayan al erudito autor nuestros parabienes a la par que nuestro agradecimiento por el envío de su precioso libro.

Una labor.

Muchos elogios deben tributarse a D. **Estanislao Gómez Barrientos** por su labor intensa y callada en punto de la historia patria. Los lectores del **Repertorio** ven en cada edición estudios serenos y conscientes, escritos con toda probidad por el Sr. **Gómez Barrientos**, miembro muy digno de nuestra Academia y correspondiente de la Nacional.

Al rededor de la vida de D. Mariano Ospina Rodríguez, narra el Sr. **Gómez Barrientos** gran parte de los episodios de la historia nacional en épocas bien agitadas; el ilustre personaje le sirve de eje o centro de su narración. Así, quien lea tan sesudos artículos se da cuenta clara y precisa de la marcha del país, en cada período. Que Dios alargue los años del Sr. **Gómez Barrientos** para que su obra no quede comenzada.

Progreso.

Con especial agrado retornamos el canje a esta culta revista que dirige el inteligente y cívico caballero D. Ricardo Olano.

Progreso se publica cada quince días y es órgano de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín.

Material selecto, variado y ameno trae la amable revista; muy interesante nos ha parecido la sección **Notas históricas**; ojalá que no la interrumpan, pues es útil conocer lo que los franceses llaman "la pequeña historia".

Medellín está de plácemes por la aparición de **Progreso**.